

BARCELONA 28 Octubre

DE 1887

LA SEMANA COMICA.

Director. J. Fernández de la Reguera. * Director artístico: E. Benlliure.

AUTORES DRAMATICOS

SUSCRICIÓN

Barcelona trimestre 1'50 pta
 Provincias. 2
 PAGO ADELANTADO
 Número suelto
10 CENTIMOS
 REDACCIÓN SITJAS 3.

LEOPOLDO CANO

Dramaturgo de valía
 que une, para bien del arte,
 á los laureles de Marte
 la corona de Talía.



SUMARIO

TEXTO.—Hacer antesala, por M. Matoses.—Al tresillo, por E. Gallo.—Un capricho, por E. de Motta.—¡Ay, padre qué ratos pasol... por A. Cerrolaza.—Dolor y sangre, por J. Fernandez de la Reguera.—Cuestión de puntos, por J. Borrás.—Chirigotas.—Anuncios.

HACER ANTESALA *

Hay muchas personas por esos mundos, que solo representan en la sociedad el papel de espejos.

Hacen lo que ven hacer á los demás; se conducen como han oído decir que se conducen las personas elevadas y con mucha frecuencia caen en el ridículo.

Las personas elevadas tienen costumbres y modos que frecuentemente oímos vituperar, y *los hombres espejos* imitan esas malas costumbres, para parecerse en algo á la gente de elevada posición.

Cuando esas costumbres no redundan en perjuicio de nadie, santo y bueno que se imiten: ¿qué me importa á mí que Fulano lleve un brillante falso para imitar su rumbo á Mengano? ¿qué daño me resulta de que haya quien, sin aficiones á la equitación, se pasee por el Prado con un jaco de alquiler, amargando, la dulzura de verse caballero con el temor de verse desbocado?

Pero cuando las costumbres redundan en perjuicio de otro, me parece muy vituperable la imitación, y me parece necesario quejarme de ello.

Yo no sabía lo que era hacer antesala.

Si mi ignorancia merece censura, caiga sobre mí; pero yo no he visitado ministerios, no he tenido necesidad de llamar á la puerta de potentados, y creía que eso de hacer antesala era consecuencia lógica y forzosa de que cada ministro solo pueda hablar con una persona, obligando á las demás que van á hablarle á esperar su turno.

Pero el otro día necesité consultar un asunto urgente con un amigo, antiguo compañero de colegio, á quien hacía tiempo no veía.

Tenía el tiempo tasado (cosa rara en un español) y creí que era lo más natural llegar, anunciarme, ver al amigo, hacer la consulta y echar á correr para acudir á mis otros negocios.

Llego, pues, tiro de la campanilla y digo que deseo ver á D. José.

—No sé si estará—me contestó la criada echando á andar hacia adentro y dejándose solo.

«¡No sé si estará!» Declaro que me chocó la observación. Comprendo que no se sepa si está ó no un sujeto en Madrid; pero que se ignore si está dentro de una casa con media docena de habitaciones, no lo entiendo.

Volvió la criada y en vez de darme noticias de mi amigo Pepe, me dijo:

—¿Qué quién es Vd!

—Diga usted que Fulano, que deseo hacerle una consulta y que le dejo al momento. ¿Está en casa?

Y volvió á salir la criada sin contestarme.

Entonces eché una mirada por la escena.

Me encontraba en una habitación pequeña casi, una celda, oscura como una cueva, adornada con un banco de madera, una percha vacía, un *portier* ó cortina cubriendo cada puerta y un ruedo de pleita delante del banco. Aquello parecía una prevención de distrito.

Sentí los pasos de la criada. «¡Vamos, al fin voy á ver á Pepe!»

—Haga Vd. el favor de esperar un momento—dijo y desapareció.

Yo me senté en el banco y encendí un cigarro.

¿Quiéren ustedes saber la lentitud con que transcurren los minutos? Pues hagan la prueba y el día que tengan prisa que los dejen á ustedes solos en un recibimiento, esperando la sacramental frase: «¡Que pase usted!»

Yo esperé resignado cinco minutos, intranquilo otros cinco y cinco á punto de desesperarme.

Llamaron á la puerta, salió la criada, dió paso, un Neptuno de Tineo cargado con una cuba, entró haciendo con sus pisadas retremblar el edificio, volvió á salir, me miró como diciéndome «¿quién será este?» y se marchó.

Volvieron á llamar. Era el panadero. Dejó un poco de pan para los amos y dos chicoleos para la criada y se marchó.

Llamaron nuevamente. Era una criada que traía un recado. —Que diga usted al señorito de parte de D. Juan, que de aquello del dinero que quedaron ayer, que no puede ser.

—Está bien—dijo la criada, y pegó un portazo.

—Quedamos enterados—dije yo incomodado ya.

Y todo quedó en silencio, menos mi paciencia que iba por momentos abandonándose.

Yo no me podía explicar lo que me pasaba. ¿Porqué me hacía Pepe esperar tanto tiempo? ¿qué ocupación le impediría prestar oído un momento á su compañero de infancia?

Me resolví á llamar la criada, pero no sabía su nombre, no quería levantar la voz por no escandalizar, y apelé á un recurso sencillo, tiré del alambre que conduce á la campanilla y la criada se presentó dirigiéndose á la puerta.

—No; no abras. he llamado yo.

—¿Y cómo ha llamado desde fuera sin abrir la puerta?

—Eso ya lo sabrás andando el tiempo. ¿Dijiste á D. Pepe que estaba yo aquí?

—Sí, señor.

—¿Está levantado?

—Sí, señor.

—¿Qué hace?

—Lee *La Correspondencia* de anoche. Él nunca la lee cuandosale, porque dice que se mancha.

—¿Se enteró bien de que era yo?

—Sí, señor.

—¿Le dijiste que tenía prisa?

—Sí, señor.

—¿Y qué contestó?

—Dile que haga el favor de esperar.

—Pues, ¡vuelvo!—Y dando un portazo algo descortesmente, bajé la escalera, renegando de ciertos amigos y maldiciendo la inconsecuencia.

En la puerta de la calle encontré á Ramón, otro amigo, que subía. Le conté el paso y procuré tranquilizarme, diciendo:

—No lo tomes á mal. Pepe es un buen muchacho, pero hace algún tiempo que se ha dado á copiar á las personas elevadas. Vive en el error de que ciertas cosas encierran buen tono y te ha hecho esperar porque hace unos días que oyó decir que en las casas grandes obligan á hacer antesala á todo el mundo, y ahora á todo el que va á verle, sea quien sea, le dice la criada lo mismo que á tí: «Que haga usted el favor de esperar un momento» y continúa leyendo *La Correspondencia* de la víspera, porque...—esto en secreto—solo lee *La Correspondencia* cuando le anuncian alguna visita.

M. MATOSES.

AL TRESILLO.

Ernesto. —Margarita, ¿jugamos la partida que tenemos pendiente?

Margarita. —¿Qué dice usted, Don Siro?

Siro.

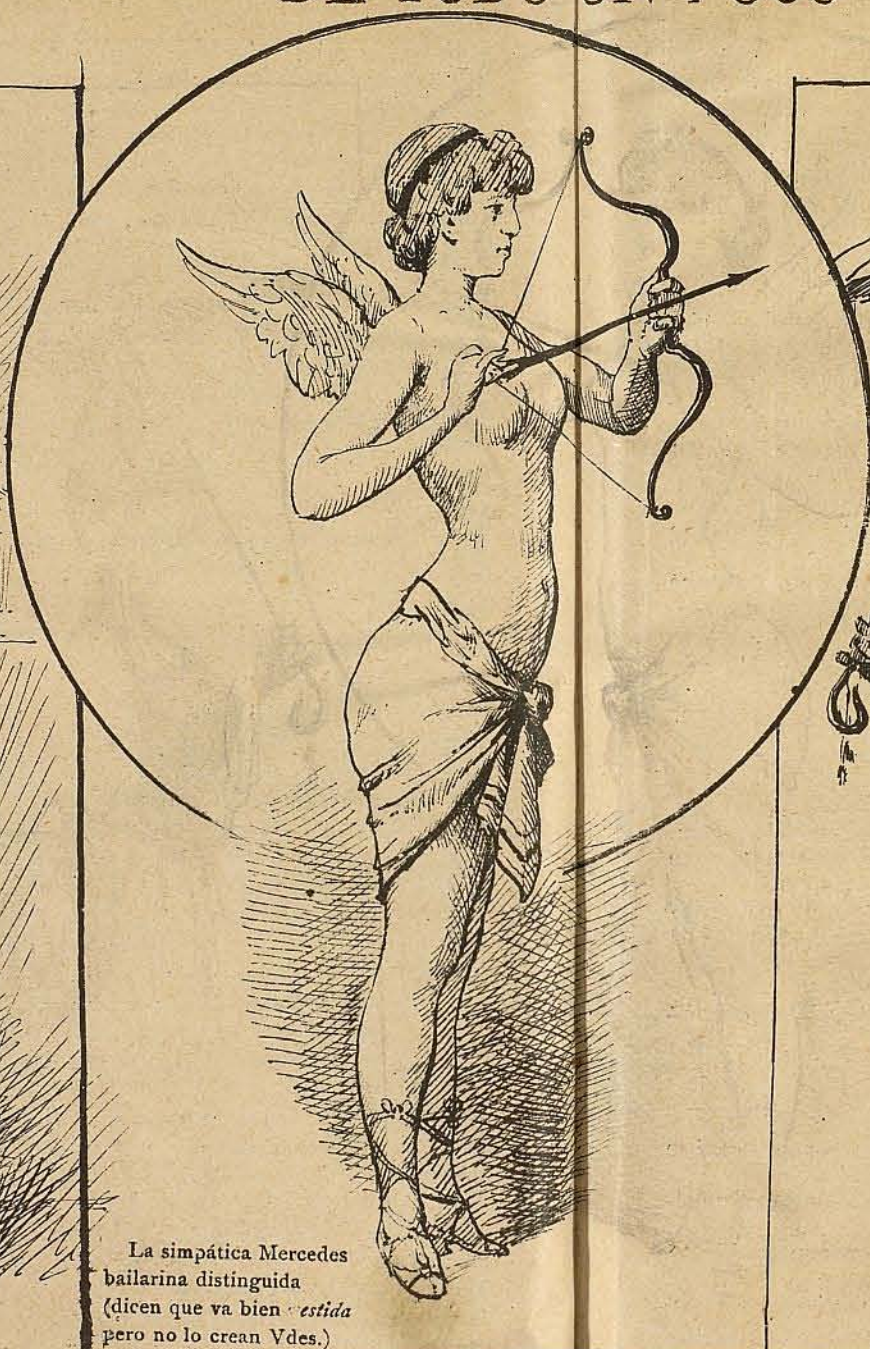
la propuesta y acéptola enseguida.

Margarita. —Pues entonces, corriente.

—Me es querida

Ernesto. —Oros... copas... espadas... y....
 Margarita. —Me toca dar; buen principio tengo; doy.
 Ernesto. —(A poco yo por usted de amor me vuelvo loco).
 Margarita. —(Ponga usted atención y punto en boca.)
 Ustedes hablarán
 Siro. —Paso.
 Ernesto. —Y yo... *paso* (pisando á Margarita): (y pasaría por usted una noche con un día completamente al raso).
 Margarita. —Pues yo voy á jugar.
 Siro. —Bien.
 Ernesto. —Bien.
 Margarita. —La entrada no es muy buena, mas creo que, jugada con cierta maestría, se pudiera sacar, vuelta....
 Todos. —¡La espada!
 Margarita. —Ya la tengo sacada
 Siro. —Veremos.
 Ernesto. —Juegue usted.
 Margarita. —La espada..... es mía.
 Ernesto. —Salga usted, que entre todas es...
 Margarita. —La mala, (cuidado, Don Ernesto, no me pise.)
 Ernesto. —(Margarita, no quise, fué sin saber... perdón).
 Siro. —Ay, Margarita, otra vez de ese estuche no repita. Sé que usted por lo visto iba de caza, pero el *basto*, que es *amo*, no me quita y le voy á guardar para *hacer baza*. Salga usted.
 Ernesto. —Pues me porto.
 Siro. —Mal está usted.
 Margarita. —Se puede, sin embargo, sacar.
 Siro. —Lo dificulto.
 Margarita. —Es *palo corto*.
 Siro. —Como si fuera *largo*.
 Margarita. —Adelante, todo eso no me importa.
 Ernesto. —(Por lo visto la entrada era muy corta?)
 Margarita. —A ver, el punto de oros.
 Siro. —Yo no gaste, Solo quedan *tres triunfos*, adelante; para ganar ya tengo lo bastante.... le fallo con el *basto*.
 Margarita. —Me rindo.
 Siro. —Claro está, ¡con esa entrada! Al seguir, era cosa ya resuelta el *codillo*; sin *basto* y sin *espada* no se puede dar *vuelta*.
 Margarita. —Don Siro dá.
 Siro. —Très... tres... tres... tres...
 Ernesto. —Yo *paso*.
 Margarita. —Yo también por si acaso.
 Siro. —Aquí debe estar *todo*.... Pues reniego de las cartas. No juego.
 Margarita. —Ahora toca á usted dar.
 Ernesto. —A ver mi suerte. (Margarita, yo la amo hasta la muerte)

(viendo Siro la espada).
 Siro. —¡Caracoles! ¿qué esto? ¡yo me admiro!
 Margarita. —Don Ernesto, que mira aquí Don Siro.
 Ernesto. —Don Siro, pues no es nada.
 Siro. —¿Cómo que nada?
 Margarita. —Usted dirá
 Siro. —Visible es la cosa.
 Ernesto. —(No ha visto.)
 Margarita. —(Si es un bolo!)
 Siro. —Solo de cinco estuches, *impendible*
 Ernesto. —(Yo estoy muerto de amor...)
 Margarita. —(Si verdad fueran esas frases, yo) ...
 Siro. —Hagan lo que quieran, porque yo juego solo. Y si no para qué, las cartas tiro, cinco estuches, primeras..
 Margarita. —Bien, Don Siro.
 Ernesto. —Vuelve á dar Margarita. (¡Qué bonita! (por un sí de esa boca....)
 Margarita. —(Estése quieto.)
 Ernesto. —(Pero...)
 Margarita. —(Quite ese pié y guarde respeto.)
 Ernesto. —(Pero si es que no puedo, Margarita.) (Dígame usted que sí...)
 Margarita. —(Sí.)
 Siro. —¡Buena suerte! Y quién ahora á mis manos no se entrega? tengo otros cinco estuches.
 Margarita. —Usted juega siempre solos, y solo se divierte.
 Margarita. —Don Siro dá
 Ernesto. —(De amor loco me abraso.) Paso.
 Margarita. —Paso.
 Siro. —¿Los dos?... yo también paso.
 Siro. —Dá Don Ernesto.
 Ernesto. —Bien.
 Siro. —(Yo me hallo ciego de amor: ¡ay Margarita! yo la ruego que me dé un sí de amor.)
 Margarita. —(¡Que es lo que escucho!)
 Siro. —(Usted me gusta mucho.)
 Margarita. —(Tiene usted mucha suerte.)
 Siro. —(¿Sí?)
 Margarita. —(En el juego.)
 Siro. —(¿Eso quiere decir?...)
 Margarita. —(Que yo me niego) Paso.
 Siro. —Juego.
 Ernesto. —Bien.
 Margarita. —Bien.
 Siro. —Bastos.
 Margarita. —¡Qué pillo! Elige *palo corto*.
 Ernesto. —De su continua suerte estoy absorto.
 Siro. —Cuatro.
 Margarita. —¿Voy á la contra?
 Ernesto. —Bien.
 Margarita. —(Codillo.)
 Siro. —Seis triunfos; no hago arriba de tres bazas.



Margarita.—Y de ello puede estar bien convencido.

Siro. (¿Qué dice usted de aquello?...)

Margarita. —(Calabazas.)

¿Sigue usted?

Siro. —Sí

Margarita. —Y codillo.

Siro. —¡Me he lucido!

EMETERIO GALLO.

UN CAPRICHIO

...~*~*~...

Era la bella María
tan caprichosa y tan rara,
que el marido que tenía
con gran frecuencia veía
que le costaba muy cara.

Excelente como esposa,
más tan rara y veleidosa
que, si entraba en un bazar,
jamás encontraba cosa
que no quisiera comprar.

Un día se la ocurrió
retratar sus perfecciones
y sus bellísimos dones,
aunque ya se retrató
en otras mil ocasiones.

Y queriendo conservar
sus formas reproducidas,
no vaciló en enseñar...
lo que deben ocultar
las señoras bien nacidas.

Un fotógrafo barato,
pero artista inteligente,
prestóse á hacer el retrato
y ella fué inmediatamente
á pasar aquel mal rato.

Y desde cuello á cintura,

quedó al aire la hermosura
de su cuerpo angelical,
imagen del ideal
que persigue la escultura.

La perfecta redondez,
fresca y mórbida á la vez,
de su cuerpo exuberante,
aparecía radiante
de hermosura y esbeltez.

El fotógrafo la vió
y admirado se quedó
tales formas al mirar,
pero lo disimuló
y la empezó á retratar.

Yo no dudo que la hermosa
fuese honrada, virtuosa...
y no digo que no fuera
un modelo como esposa...
y todo lo que se quiera,
pero pude averiguar
que cuando ella fué á pagar
trabajo de tanta estima,
él no la quiso cobrar
y dió las gracias encima.

EMILIO DE MOTTA.

DOLOR Y SANGRE

HISTORIA LÚGUBRE

calcada sobre cualquier capítulo de una novela
cualquiera, de Fernandez y Gonzalez.

I

Era una noche oscura y tenebrosa del mes de Diciembre.
La lluvia caía á torrentes.
El cielo estaba encapotado.
Silbaba el viento.
Las calles de la villa de X estaban desiertas.
De repente interrumpió el universal silencio algo diabólico y
estridente, lúgubre y satánico, algo así como el chirrido de una
llave al dar vuelta en una cerradura.

Una puerta se abrió.

Por la puerta salió un embozado.

Luego otro

¡Dos embozados!

Al salir miraron con precaución á un lado y otro de la calle.
Luego emprendieron su marcha sigilosamente y arrimados á
las tápias de las casas.

II

De repente la cádena luz de un relámpago iluminó el espacio.
A su fulgor pudimos ver que uno de los embozados, el que
marchaba delante, se llamaba D. Lope.

Su compañero ocultaba un bulto bajo la capa.

El paso de los embozados era firme y seguro.

En su andar había algo de sepulcral, algo terrible, algo del
andar de los espectros.

En una palabra, su andar era *denso*.

De repente aquel de los embozados que marchaba delante, se
detuvo.

Sus facciones se contrajeron horriblemente; su mano buscó
instintivamente el puño de la espada, y de su pecho ronca, sa-
tánica, se escapó una maldición.

Su compañero se detuvo también.

—¡Ah!, murmuró el primero.

—¡Oh!, dijo el segundo.

Y prosiguieron su marcha.

V

De pronto apareció una luz en una de las ventanas de la casa.
Las continuas oscilaciones de aquella luz hacían presumir que
el que la llevaba acababa de entrar en la habitación.

A poco resonó un grito inarticulado, ronco, infernal, grito
terrible de agonía y de dolor, un grito como de alguien que dá
un supremo adiós á la vida.

¿Qué pasaba en aquella casa?

¿Porqué y por quién había sido proferido aquel grito deses-
perado, supremo, *denso*, por decirlo así?

Vamos á saberlo.

VI

Para ello penetremos en la habitación en cuyas ventanas se
reflejaba la luz.

Allí estaba D. Lope tendido más bien que sentado en un si-
llón colocado en mitad de la sala.

Una palidez cadavérica, *densa*, se extendía por su semblante.
Estaba desmayado.

El desmayo, ese sopor del alma, es mas que el sueño la ima-
gen de la muerte.

Porque la muerte es la vida del espíritu.

Y la vida es el predominio de la materia.

¡A cuán amargas reflexiones se presta un desmayo!

Pero prosigamos.

Hemos dicho que D. Lope estaba desmayado.

A sus piés y en actitud suspensa estaba su acompañante.

Un rato estuvo en esta posición.

Al fin se levantó.

Pero entoces *blandía* entre sus dedos algo pequeño y redon-
do que contemplaba con indecible satisfacción.

Al verle una ráfaga de luz cruzó por nuestra imaginación.

Los saltos misteriosos, la inquietud de D. Lope, las emocio-
nes densas, la casa solitaria, el bulto que ocultaba el emboza-
do, todo, todo quedó á nuestros ojos claro y patente como la
luz del sol.

¡Oh, intrincado misterio!

¡Oh, desenlace inesperado!

D. Lope tenía un callo.

Su compañero era el callista.

El callista había vencido al callo. El hombre había vencido
á la materia.

¡Reflexionemos!

J. FERNANDEZ DE LA REGUERA.

¡Ay padre que ratos paso debajo de la enramada!...

—«O»—

I

No me convences, iré
á confesarme mañana,
á las cinco.—¡Que temprano!
si á esa hora no se ve nada!

—Mucho mejor.—¿Con qué cura?

—Con el primero que salga.

—Pues ya que al fin te decides,
concédeme un favor, Juana.

—Tu dirás cuál és, Luisito.

—Que no le digas palabra
al cura que te confiese
mañana en las Calatravas
de aquel beso que me diste
debajo de la enramada.

—No puedo acceder á eso,
por que yo soy muy cristiana,
y lo confesaré todo
que así nuestro Dios lo manda.

—¿Todo, le vas á decir?

—Todo, sin dejarme nada.

—Pues me alegro, vida mia,
que así pienses y así lo hagas.

Hasta mañana, Juanita.

—Adios, Luisito de mi alma.

II

¡Que si me alegro!...A hacer voy
la mayor calaverada
que hizo en su vida cristiano.
Voy á quitarme la barba;
después entraré á una tienda
á comprarme una sotana,
los manteos, el bonete,
y en fin, lo que me haga falta
para quedar, *ipso-facto*,
hecho todo un padre de almas,
y confesar á mi novia
mañana en las Calatravas.

Si esta invención me resulta...
¡que de cosas, santa Bárbara,
voy á oír de un serafín,
de un ángel *casi* sin mancha!
pues el beso que me dió
no lo conceptuo falta.

¡Ahora saldremos de dudas!
y estos celos que me matan

se borrarán de una vez,
pues con astucia y con maña
sabré si á su primo quiere
y si su primo la ama;
por que aun que yo los vigilo,
y no entra su primo en casa,
bien pudiera suceder
que ellos se entiendan por cartas.

Siendo así, como presumo,
¡á los dos les rompo el alma!

III

—En el quinto mandamiento
no tengo que decir nada.

—Pues adelante, hija mia.

—(¡Vaya una voz!...¡Que me estraña
la voz de este sacerdotel...
¡Qué casualidad tan rara,
lo mismo que la de Luis!...
—No tengas vergüenza, habla.
¿Qué te ha pasado en el sexto?
—Me ha pasado una desgracia.
Un beso le di á mi novio
debajo de la enramada.

—Eso *no es nada*, hija mia.

—¿No es falta, padre del alma?

—Puedes darle muchos mas
en donde te dé la gana.

—(¡Ay, qué gusto...y yo creía
que *casi* me condenaba!
¿Si dirá este sacerdote
que *lo otro* tampoco es nada?)

—No te pares, hija mia;
¿ó es sola esa tu desgracia?

—No; si eso *no es nada*. padre

A un primo que me idolatra...

—¿Y tu le amas á ese primo?

—Yo no le quiero *ni miaja*.

—(¡Ya respiro!) ¿Y qué pasó?

—Que le di...—¿Qué, desgraciada?
¿algun beso?...—¡Mucho mas!

—¿No dices que no le amas?

—Pero al ver su ciego amor....
y yo, que no soy ingrata...

¡Ay, padre, qué ratos paso
debajo de la enramada!

ANGEL CERROLAZA

CUESTION DE PUNTAS

I.

Había en España moros
si no es *infel* mi memoria
cuando nos habla la historia
de las corridas de toros.

Vil engendro del torneo,
ruda y bárbara faena,
á verter sangre en la arena
vino el arte del toreo.

Y el sangriento sacrificio
del valiente *justador*
perdió todo su *color*,
al convertirse en oficio.

Al peto y los espaldares
del antiguo caballero
sustituye en el torero
chaquetilla de alamares.

Y los cascos con visera,
loriga, encajes y gola,
son en la fiesta española
faja calzon y montera.

Al dar nombre á un adminículo
que de lo vulgar se aparte
han dado al arte, *si es arte*,
un tecnicismo ridículo.

Y así hablando del que mata
de si es ó no *volapié*
ó de si mete ó no el *pié*....
se suele meter la pata.

No hablemos del *Bajonazo*
descabello y *saca y mete*,
del *cuarteo* y del *cachete*,
verónica y *marronazo*.

Que esta jerga maldecida
va á hacer que todo viviente
se compre... un inteligente
que le explique la corrida.

No hay que hablar de humanidad;
bajo este punto de vista
el arte, como el *artista*
son una barbaridad.

Hay quien goza en el momento
en que el toro como un rayo
cebándose en el caballo (1)
hace un despojo sangriento.

Y si el toro anda ligero

(1) Caballo y rayo son consonantes...
por que yo soy de Madrid.

y da á un torero un disgusto....
hay quien se muere de gusto
viendo cojer al torero.

Vi un día ¡horrible desdoro!
pegarse un padre y un hijo
por si era ó no *Lagartijo*,
el del traje *verde y oro*.

Y al ver un toro endiablado
se pegaron nuera y suegro....
por si era *berrendo en negro*
ó *berrendo en colorado*.

Si el pueblo *borracho* insulta,
y un picador se *resiente*,
con justicia, el presidente...
impone al piquero multa.

Y si un diestro deslucido
ha salido en la faena
botellazos á la arena,
le arrojan desde el tendido.

En fin que si el pueblo en pos
de su entusiasmo se eriza....
barbariza y barbariza
que es un alabar á Dios.

Y si estaba muy bien eso
en el tiempo de los moros,
hoy en día son los toros
bofetadas al progreso.

Va saben todos mi fallo
en este de *puntas, punto*.
¿Que opina sobre este asunto
mi amigo Emeterio Gallo?

(Advertencia: Gallo, olvida,
que, viéndome en un apuro,
te pedí una tarde un duro....
¡para ver una corrida....(2)

JOSÉ BORRÁS.

(2) Tu fallo no me conviene,
por que yo opino, Borrás....
(Lo que opino... lo sabrás
en el número que viene)

E. G.



Chist! Silencio y misterio!

Con el mayor secreto debo participar á Vdes. que estamos
preparando para los suscritores una serie de regalos que van á
dar la hora.

Yo con mucho gusto diría en que consisten pero se enterar-
ían los suscritores y....

¡Cal!

Queremos darles una sorpresa.

Y el caso es pillarles desprevenidos

Por matar el tiempo dice
don Roque que va de caza
y tiene razón de sobra,
que eso es solo lo que mata.

—Hablemos de espectáculos?

—Hablemos.

Pero se me ha acabado el espacio.

Va empezaremos á hablar de ellos en el número que viene

Imp. de Calzada y C., Sta. Mónica 2, Pasaje.

EN EL CAFÉ



La propina, eh? Pues como no me la dé él á mil...



MÁQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS DE TODOS SISTEMAS

VERTHEIM

Últimas y las mas recientes invenciones **LA ELECTRA**, funcionando absolutamente sin ruido.—Al contado y á plazos. **AVIÑO 18 bis.**—Barcelona.

AL GLOBO



CÁRMEN 31

Todo aquel que pretenda comprar sombreros, no solo muy baratos, sino muy buenos, que vaya *Al Globo*, que es un bazar surtido cual ningun otro.

Es su dueño galante fino y atento, porque da como nadie barato el género,

y á mas regala una caja, un cepillo ó una corbata. Son tan buenos sombreros los que allí venden que el que una vez los compra vuelve cien veces. Conque, id al punto de la *Calle del Carmen* al treinta y uno.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

—DE—

CALZADA Y COMPAÑIA

SANTA MÓNICA, 2
PASAJE DE LOS BAÑOS

EL GRAN DUCH

Sastreria de Olivas, Rambla de las Flores, 11, 2.º

Dijo á Sorribas Torcuato:
—Es imposible á mi ver, que un vestido pueda ser bueno, bonito y barato. Y le contestó Sorribas:
—Vé al punto á ver los primores que en la *Rambla de las Flores*, número 11, corta Olivas.

Vino á mi establecimiento Torcuato; aquí se vistió y de mi trato quedó tan sumamente contento, que hoy sostiene D. Torcuato aquí y en cualquier paraje, que yo sé hacer siempre un traje bueno, bonito y barato.

Olivas

LA QUE TRABAJA MAS BARATO

Y DEJA LAS PRENDAS MAS BIEN HECHAS ES LA SASTRERIA

LA ECONOMICA

DE

MANUEL FAÑANÁS

(Hospital)—Cadena, n.º 3, tienda

Casa especial para lavar, teñir, planchar y reformar toda clase de prendas usadas.